

**LA VIDA SECRETA
DE LOS
PERROS INFIELES**

FERNANDO CRUZ KRONFLY

1ª edición, *La Mirada Malva*, 2011
Colección Mirada Narrativa 10

© Fernando Cruz Kronfly, 2011
© La Mirada Malva, 2011
© Fotografía contraportada, Alejandro Cruz Ángel

Diseño de portada: Mauricio Pontillo Gálvez

Reservados los derechos de esta edición para
Editorial *La Mirada Malva*
c/ Vitoria nº 6, 28223 Pozuelo de Alarcón
Madrid – España
Teléfono (34) 915 189 899
www.miradamalva.com
miradamalva.blogspot.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra sólo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN-13: 978-84-938729-4-6
DL.: SE

LA VIDA SECRETA DE LOS PERROS INFIELES

No hay infidelidad, sólo afición sinfónica.

No existe la mentira sino la imaginación.

No hay traición, sólo misterio.

No hay engaño sino agonía.

Sin saber qué decir ni qué rumbo tomar, Uldarico contempla su bigote en la mesa de noche. A un lado del peluche los anteojos ahumados y más allá el estuche de cocodrilo donde Manzana Tucupita había decidido ocultar el misterio. Estaba en desarrollo la historia de una pasión al revés que empezó como una distracción pasajera en el octubre salado de hace apenas un año, pero que por su intensidad demandaba ahora especiales precauciones. A Uldarico le chilla la cabeza y escucha quejidos en el bosque invisible. Ningún detalle podría descuidar, ningún hilo dejar por fuera de la trama secreta.

De repente Uldarico le dirige un reojo a su chica, que sonrío ante los poderes que se arroga el disfraz. Manzana Tucupita jura que lo comprende como a un niño que se ha precipitado en el abismo de sus últimas picardías, asunto del que ella misma engulle en su disposición de mujer que ya todo lo dio y debe volver a empezar. Tal para cual. De costado, a veces de espaldas, de frente, con profundo compromiso de manos y pies: una maromera. Así le ha venido gustando a los dos. Pero ahora lo peor ha sucedido y él vuelve a escuchar los quejidos del bosque, la campana en la estación abandonada de los trenes,

el chaschás de la locomotora en la última pendiente de la cordillera.

Uldarico debió despojarse de aquel aderezo al entrar a la cueva. Y tendrá que colgárselo otra vez durante su viaje de regreso por la autopista. Esto será después de marchar a la ducha, donde entonará pedazos de canciones de su último repertorio. Se lavará con agua sencilla, lo más a distancia que pueda de la barrita de jabón ofrecida a los clientes. Uldarico sabe que no puede regresar a casa en el estado de ruina en que ha quedado. Comprende que no debe volver perfumando a sospecha. Hace un par de horas temblaba de pasión. Ahora, lo hace de pavor.

Si él desatendiera algún detalle de último momento, Valentina podría echar a rodar su cabeza cuneta abajo por el empedrado o de ser necesario por el desempedrado. Y en seguida se pondría a cantar aleluyas encima de los despojos. Ella lo ha sentenciado varias veces, señalándolo con la uña en la frente. Le ha dicho que jamás le dará otra oportunidad. La última vez con los ojos inyectados, derrumbada en el descanso de la escalera. La cabeza entre ambos codos, roja de dolor, iracunda grave con cara de ají. Después pálida. ¡No toleraré una puteada más en tu puta vida!, le gritó.

Pero Uldarico era polifónico y amaba la riqueza de las diversas voces. Lo fue desde niño y lo sería hasta la muerte. Así nació, torcido de puro nacimiento. Hace años que camina sobre fuego encendido, oculto entre las sombras que él mismo alimenta. Por amor a la carne encendida. Ha decidido tomar graves riesgos durante el último año, aunque Valentina le hubiera advertido que el hartazgo de su copa no soporta una gota más. Ni una sóla en esta vida de mierda y lentejas con pimienta y cebolla. Vida que Uldarico disfruta como un albaricoque que le corresponde, pero que ella jura sufrir. Esto es lo que piensa Valentina, aunque en realidad él también sufre y delira bajo el agua de las duchas que desde arriba lo azotan en los puteaderos. Aun así, no hace más que pavonearse, como un animal de jardín ante el sonido que causan sus plumas al rayar las alfombras del lugar que frecuenta. Errático en el invierno de haberse vaciado feliz, se sabe cada vez otro después de haberse trepado ligero de ropas en andamios de

huesos que ante su peso se doblaron como maderos flexibles. Desmembrado, extendido encima de brazos y muslos caobas que se lo engulleron, tal como lo estuvo hace apenas un rato en medio de una alegría extraña que lo hizo llorar. Manzana, su Tucupita, podría ser la última rama donde ha venido a posarse el pájaro loco de su a toda hora distinto corazón.

Seda en el viento agotado, la muchacha todavía flamea. Él, de lleno en sus ojos aún, como una canasta donde se reúnen los fragmentos de la dicha cumplida. Ella jura que comprende la ansiedad de aquel hombre maduro bien intencionado, donde por horror ha venido a refugiarse, envuelta hasta el pelo en los granos de luz que en los mejores momentos brotaron de él, como una emanación superior. “Es que este hombre habla muy lindo”, piensa. Caída en suspiros aún, acurrucada en la ceniza de lo poco que del tango quedó, espera el comienzo de no sabe qué. “Este hombre es el príncipe que jamás conocí”, argumenta, entre triste y feliz. Y se pasa la punta de la lengua por los labios mordidos.

Uldarico se sabe el último descarriado de la parranda, estado en que los hombres como él se consideran cuando han venido a desocuparse en una acequia donde no se debió vaciar nada. Con los ojos afuera, parece pensar. Después de tanta refriega, sus lanas quedaron perfumando a Pastor Alemán recogido de la crápula calle. Durante la última media hora ha estado lamiendo sus propios residuos, también los de ella. Él de aquí para allá, ella de allá para acá, como dos perros. Pensativo a destiempo de todo cuanto ha sucedido, el pelo de la frente lo tiene volteado. Han hilado los dos en la cicatriz del abrigo las puntadas finales. Lo han hecho sentados, a veces como cuerpos caídos. Ceremonia capaz de rehacer ancestrales ritos de acicalamiento callado. Demasiado olor a perro infiel cunde alrededor. Excesiva abyección mutua. Todo lo que Uldarico pudo haber fantaseado en casa le ha quedado adherido al pellejo como una peluca aplastada por los hechos cumplidos. Igual que una cuenta de cobro, desprendida de un cielo que a él nadie jamás prometió.

—¡Hey, nos vamos, abre ya los ojos, cariño! —
dijo de pronto Uldarico.

—Si los hubiera abierto, hace rato no estaría contigo.

—Mira el reloj, la noche se mete por la claraboya y sabes muy bien que a ambos nos esperan en casa.

—El reloj lo tengo por dentro desde niña, no necesito mirarlo.

—¡Brrrr! Ya empieza a hacer frío.

—Yo respondo por lo mío, lo demás es cosa

tuya.

—¡Perfecto!

—Concédeme un minuto de reposo, señor de los cielos, anda a lavarte primero.

Lentamente empieza a reventar otro invierno de algas negras en el vestido de Uldarico. Frío que él jamás conoció. Algo más oscuro que todo lo conocido y que brotó como opacidad arrancada a los caminos que le fueron inciertos, en cuyo andar sinfónico alguna vez Uldarico pisoteó hojarascas que nunca supo si eran anuncios de tierra o advertencias del cielo. Llamadas purpúreas que él temprano cegó, bocas ya secas que el muchacho remojó y en seguida besó. Voces que lo invocan con algún derecho desde el otro costado de la mesa. Desde el centro de su casa, que cada día es más honda. Anticipos de la experiencia, instantes no vividos que esperan. Pero la vida es puerca y ahora le preocupa ese perfume que se ha ido apoderando de quien sólo por amor ha realizado este último esfuerzo. Regada encima de él la repulsión de lo cumplido. Olor que, sin embargo, debe ser cuanto antes borrado de encima. Y mira a la muchacha. El pobre ha entristecido por ella, que nada a cambio pide. Antes de tiempo ya suficientemente caído, piensa en las guitarras que acompañaron en pasadas épocas su vida de caballos y trenes, cuando había viajes auténticos por las hendidias de la cordillera. Tiempos de praderas en las bajadas, yerbales extendidos entre locomotoras que escupían humos salidos de pechos que amaban la sin salida. Encima caían las miradas de los pasajeros y las densas escupas de los hombres que tejían la

carrilera. Y se perdían, luego, entre bosques donde los búhos colgaban como imágenes santas. Tanto, que todavía aquellos animales pasan en derrota por el espíritu de Uldarico, como violines cuando aletean pedazos de campanas.

Acaba de hacerlo. Una vez seguida de la otra luego de calculadas distancias. Tres agonías en serie y un profundo respiro. Artesanía que brotó de manos expertas. Uldarico acaba de llevar a cabo lo que en este mundo se conoce como hacer el amor. ¿Qué de malo pudiera tener? No sabe muy bien cómo enfrentar este asunto de nuevo, en recaída. En otro tiempo lo supo, pero aquella sabiduría había quedado lejos. En esta ocasión con una chica, como a él le agradaba sin siquiera habérselo propuesto. Desde algo más de un año la chica mujer entre ceja y pestaña, hasta que al fin. Sin imaginarlo de un modo que pudiera considerarse evidente. Asunto capaz de susurrarle al oído cuánto él representaba aún para sí. Endiablada muchacha un tanto casada, perfecta. Nervioso, al fin y al cabo lo hizo completo, a juzgar por el último derramamiento de ella. Con su apoyo, se da por supuesto. Sumando pedazos conjuntos, lo que se dice de cuernos a rabo. Más concreto que hacer un asiento fue como Uldarico hizo aquello que llaman hacer el amor. Con todo incluido, de loco. Sin medida de nada en la oscuridad de su alma, total desmesura. Cerca los gruñidos lejanos después del silencio. Como un animal que intentó ser casi humano y no lo logró. Lo peor que pudiera haber imaginado si estaba juicioso, lo más bello de paso. Gracias a ella, al margen de cuyas maromas jugó solitario a lo suyo y cuyas vergüenzas tiró al mismo tiempo encima del lecho como cartas de naipe que él mismo arriesgó. Pero ahora, una vez puso en su sitio el botón de canela que anuncia el final y pasó a clausurar el encuentro, de inmediato se hundió en pensamientos de fuga por los cuales Manzana

después lo juzgó.

—Vámonos —dijo otra vez.

Así le ocurría al ingrato. Uldarico empezó a tararear lo que nunca tuvo claro del todo, como si no se tratara de él mismo sino de otro cantante cuya fama extrañara. Recuerda cancioneros que a pedazos honraba trepado en los trenes, cuando de estación en estación las cantinas a la vista partían el corazón de los viajeros con sus músicas. Viejos tiempos, cerveza en mano sentado en la escalerilla, con la cabeza sucia de espigas. A todo vapor, ojos apagados de tanto carbón que subía a las luces del cielo. Y corre a la ducha. Va porque le urge partir cuanto antes. Sufre de un extraño pavor que le ha puesto a crujiir el poco esqueleto que todavía le queda. ¿Qué podría él balbucear al atravesar la puerta lejana, todavía borrosa de su casa en espera? Su mujer estará sentada. O, si se quiere, dando vueltas inciertas, propias de todo eslabón que imagina haber sido arrancado por otra de una cadena. Tucupita, objeto que se mueve clavado a la tierra. Que se asume sangrante, igual que todo lo que es arrancado de donde antes estaba. ¿Qué podría él argumentar acerca de su pareja de ojos, tan vacíos y lentos ahora?

—¡Mira al techo, chica, mira al techo!

—Lo mismo que estoy observando desde hace rato.

—¡Había un espejo, también allí teníamos encima un espejo!

—Te estuve observando en él durante toda la

tarde y no lo sabías.

—Has debido advertirme.

—Estuviste sagrado.

Uldarico sabe que no puede regresar a casa en el estado en que las circunstancias lo han dejado. Exhausto de vida secreta, revivido. En la euforia de haber amado hasta casi tragarse la cabellera de aquella muchacha, que por momentos se presentó a oscurecer la luz de los espejos del cuarto. Que, si fuera por ella, para siempre se la habría dado. Te regalo lo mejor de mi pelo, le habría dicho, pero a estas alturas nada parecía posible. Hundido, no sabe qué hacer. Encendida, Manzana la Tucupita aún permanece como canoa de marfil encallada en bancos de lodo. Cada vez más lejanas, las sábanas, cada vez más lavables. La chica mujer extendida como un segundo madero caoba, sometida al viento que rueda de filo en el delta y copia su sombra. Sustancia de arena que insiste en cubrir las casacas de los cangrejos pero que huye espantada. Que traga por lenguas espinazos de mojarras ya limpios de carnes. Pero Uldarico anda en el temblor de volver a casa, de despedirse de aquella cabellera que hasta pasados instantes amó. Cuanto antes mejor. Ella también reconoce que debe regresar a casa corriendo, pero a diferencia de él no demuestra su afán. Son los hombres quienes deben confesar sus afanes, porque para las mujeres los relojes son sólo joyas preciosas. Tucupita se niega a mirar el reloj y vive ahora en un tiempo que, por sí mismo y de puro éxtasis, podría parecer suficiente.

Luego del rabioso combate él sólo desea la ducha capaz de dejar los asuntos como antes estaban. Más allá de la idea del bien y del mal, Uldarico conoce que debe volar en procura de aseo. Que es en lo único que ahora medita como primera solución a la mano. Nómada cuyas cabras de pronto se han disuelto en el polvo. Necesita pasar cuanto antes al estado de razonable pureza, entrar en contacto con extendidas raciones de agua que aclaren sus labios. Durante la refriega hasta lo más inicuo tuvo valor, pero la reyerta por fin terminó y las cosas deben volver a su sitio. Es la ley. Ahora sólo brilla silencio en sus labios. A la vista el lecho partido y encima aquella muchacha todavía trepada en sus sueños, de donde no quiere caer por más que la empuje. Suenan ya las flautas de la retirada estratégica. Está satisfecho, pero sabe que ha quedado aromando a lo que ningún hombre debe irse oliendo a casita, bajo riesgo de ser expulsado de las estanterías.

Los caminos por donde Uldarico habrá de emprender su retorno carecen de ráfagas donde irse limpiando. Son sólo avenidas de peste, saturadas de autos que huyen sin saberse el camino. Si pudiera, al menos, irse ayudando con el polvo de los cigarros, mediante conversaciones y copas apuradas en bares a través de largas cadenas de aproximación al destino final. Pero ya nada es posible porque el tiempo ha quedado agotado. Sabe que ahora perfuma a lo que todo hombre sensato debe en seguida hacer a un lado de un manotazo, si es que desea volver a su oscuro refugio de un modo que pudiera sonar coherente. ¿Por qué diablos el destino es así? Uldarico procura evitar la

desgracia en su casa. Eso está bien, eso se le abona en medio de lirios que crecen aún, que prometen. En el centro de cargados rosales de aquel patio que espera. Desea evitar todo riesgo de estropear la poca confianza que resta, le urge anticiparse a cualquier forma de llanto de ella. Porque en casa espera su Valentina. Ella es quien lo espera, siempre ella misma. Algunos otros quizás. Pero, sobre todo ella, en la bruma de una tambaleante lealtad que aún se sostiene.

—Te vi, tantas veces te vi y callé —dijo Manzana, de pronto.

—Y, ¿cómo me veía?

—Lejano y cercano a la vez, como una araña en mí.

—Te entiendo, te entiendo.

—Mío y ajeno, tal como eres.

Uldarico no sabe por qué, pero Valentina nunca faltó en la ventana para verlo volver. Como si lo amara. Asomada de la mitad hacia arriba, a veces demasiado expuesta en el marco, a veces incluso colgando. Hoja caída del todo o a medio caer. Nunca la ventana vacía a la hora en que él despuntaba a lo lejos, siempre ella como testigo de todos los intentos fallidos. Pero cuando él por fin asomaba, Valentina lo olfateaba de lejos, sin falta ninguna. Sobre todo cuando volvía cantando, que era cuando más sospechaba. Lo empezaba a sentir, desconfiada. Es raro. Es muy raro el modo como ella lo olía al principio de lejos. Luego de muy cerca, tocándolo casi. Finalmente el modo como se le metía de a poco hasta donde nunca debía. La medicina no sabe qué pasa ahí adentro, en este corazón tan ambiguo. Tampoco sabe muy bien lo que ocurre en su cabeza de mujer que ama y odia como si fuera lo mismo. La psicología mucho menos, la pobre. Ambas disciplinas han arañado en vano el enigma. Han partido en pedazos el asunto, lo han compartido. Han intentado descifrar el rebusco pero nada de nada. Y han llorado incapaces encima de los grises despojos. Cómo han llorado sobre libros científicos cuyo prestigio cayó derrotado, ante los nudos de este enredado cerebro.

La espera de Valentina es de una complejidad superior a la que Uldarico imagina. Mucho más de lo que él mismo merece, algo que el imbécil jamás valoró. La paciencia de ella presume de eterna en los límites de esta vida y del tiempo que corre. Es la espera de la esposa que ama más allá de cualquier sufrimiento o desvío. Porque para su consuelo

conserva en la memoria, fresco como un pájaro vivo, el recuerdo de su amante lejano. ¿Pánfilo? ¡Ah, el tal Pánfilo! Sin condiciones, como en los viejos tiempos. Buen fundamento para mejores desgracias, piensa. Vigilia legítima de la dueña del cuerpo que torna completo el suyo a la vuelta. De la media toronja que la vida exprime en la taza que aguarda. Propietaria del tiempo del otro, dicha que es mía de un modo que nunca lo fue. Acaparadora de la simiente que brota, carne dividida en el tiempo de tanto disfrute extendido.

Valentina da por cierto lo que nunca ha sido posible en la historia: imagina ser única. Para Uldarico, claro, a quien convirtió sin mayor arrepentimiento en un simple cornudo de barrio, por causa de sus secretos retozos con Pánfilo, en los que últimamente ha recaído. Vieja deuda pendiente, de los tiempos del teatro donde asistía a cine bermejo. El asunto fue que Valentina amó a Pánfilo desde niña, pero se enamoró de Uldarico por loco. Pésima cosa. La locura enamora, exhibe al aire razones malucas y de paso embrutece. Para asegurarse de la lealtad de su esposo, que impuso a la brava, nunca pudo ella desentenderse del lazo. Mucho menos del martillo y la lupa. A veces del hacha, cuando Uldarico le regalaba un motivo torcido.

—¿Por qué insistes tanto en que te compre una lima? —le preguntó cierta vez Uldarico.

—Algún día afilaré de nuevo el hacha, santo señor de los cielos —explicó Valentina.

—No hay árboles a la vista, el bosque donde

antes íbamos a cazar los tucanes ya ha sido talado.

—Queda un último árbol cuya nuca torcida me invita, amor, no te descuides.

—¿Hablas de mí?

—Hablo de toda la humanidad.

Uldarico siente que ha quedado aromando a Pastor Alemán. Desde adentro, lugar donde el agua no podrá penetrar. De más abajo de su esófago enfermo sube la lumbre, afección que acostumbra consolar con raciones de coca de jardín. Pero le preocupa el asunto, porque ahora tendrá que tragar mentas a lo largo de un viaje que aunque no lo quisiera será de retorno. Golosinas llamadas a arruinarle la flora y sacarle barriga. Esto lo coloca fuera de quicio, en cuanto se reconoce en situación de peligro y mentira. Pero, al mismo tiempo, se cubre de un raro frenesí. Siente que por su cabeza corre un fresquito de perro que vive la vida. Que se la juega al todo o nada. Que disfruta del riesgo sentado en el filo de un nuevo puñal. Pisando rescoldos que, una vez pisoteados, se encienden de nuevo y cobran para él extrañas ternuras. Tiene que saberlo, porque está olfateando él mismo aquello que como una emanación indebida le sube de abajo. Y se avergüenza a pesar de la alegría que le trepa de adentro. Pero, la verdad, tiene miedo. Valentina le ha formulado una fulminante advertencia: Te mataré, gato de todos los tejados. La próxima vez mirarás el brillo de tu propia sangre decorando la arena. Esta es la última vez que te haré una rebaja.

- Siento pasos de animal grande, Ulda.
- Valen, no vuelvas con lo mismo de siempre, el bosque ha quedado muy lejos.
- Pasos de serpiente en la hojarasca del patio, eso escucho.
- Serpenteo, dirás.
- Lo que sea, pero te juro que no respondo y te

prohíbo que me corrijas.

—Huéleme, entonces, debes ahora mismo salir de la duda.

—Eso es lo que hago, pero la duda me crece.

—Vamos a cine, entonces.

—¿Votarás por el ciego en las próximas elecciones?

—Ya veremos qué pasa.

—Te juro que te mato.

Esto fue lo que Valentina le dijo la última vez en el baño, cuando le descubrió a tientas el registro remoto de un posible pecado. Se trató de un aroma indeciso, nunca todavía un argumento de nada, pero ella se turbó. Esta vez no en el pellejo, que muy bien se había lavado, sino en la ropa de lujo del último grado. ¡Ahhh, puto! Registro maldito que no se alcanzó a evaporar, que se vino a vivir bajo la tenue costura de aquella solapa. Eso tan sólo bastó, sin ser prueba concluyente de nada. Desvió en la ruta que a cualquiera le pasa. Pero los hechos habían sido reales y la sospecha no carecía de piso. Con menos de aquel indicio, de nada habría tenido Valentina para tejerlo a cuchillo y en seguida matarlo como se mata una araña. Apagarlo del todo como un fósforo débil, aunque hubiera debido llorar hasta el fin de sus días, porque ella era así, ella lo amaba. Siendo de esta manera, Uldarico conoce que está desahuciado por anticipado. Que no necesita siquiera querer extinguirse, porque de todos modos habrá de lograrlo. Un sólo parpadeo le hubiera bastado.

Valentina denomina vil traición a lo mismo que

Uldarico se representa como polifonía innata, en ocasiones insuperable pulsión sinfónica. Eso a ella le para los pelos. Le revienta las tripas y le saca no sabe de dónde un cierto olor de resina, porque cuando escucha aquel argumento se deprime y no vuelve a bañarse. Entonces se confunde de rabia y vergüenza. No tanto por él, que en caso de estarlo estaría bien muerto. Sino por ella, que tendría que presenciar el oscurecer de su vida en la cárcel en poder de sus últimas manos. En una prisión de mujeres, colgada de un lazo. O junto a una máquina, mirando la tarde de mierda por una ventana. Pero Uldarico ha sido feliz mientras puede y siente que debe. Durante el último año, Manzana Tucupita le puso una batería en el sobaco y él se entretuvo con la ilusión de su cuerpo, tan desnudo y masticable como una manzana. Sin embargo, sabe bien que ahora no puede llevarse consigo el menor estigma de nada. Únicamente la felicidad que le queda y que Valentina podrá utilizar en su favor sin saberlo, cuando el yerbajo de nuevo le crezca. La vida es extraña. Pero la vida secreta es aún más extraña. Uldarico conoce las reglas de aquello que jamás tendrá reglas, pero discierne lo básico. Sabe que no puede arrastrar a su casa nada que no haya sido suyo del todo. Ni humores de carne ajena ni perfumes de frascos caídos de otros anaqueles. Pero traerá, sin embargo, el resto de felicidad que le queda. Nadie le quitará lo hasta ahora bailado. Regresará impecable a su sombra y vivirá los años que le han sobrado, mirando de lejos lo que podría considerarse más inmediato.

La muchacha caoba todavía yace extendida en la cama. Manzana, la Tucupita, objeto que se agita clavado a la tierra. De igual modo la nombra Uldarico, aunque últimamente ha empezado a dudar que su nombre pudiera ser otro. Apretada ella de carnes, extendida a su modo. Nunca por enferma maluca, mucho menos por doliente de nada. Saludable eso sí, lejos de fiebres y quebrantos que la hagan gemir, plena de todo y a la vez de nada que sea secundario. Pero enseña todavía una pícara risita dormida, algo que le quedó del forcejo en el lecho como una virtud agregada. Abierta de muslos, adolorida feliz, cruzada de lado a costado como antes lo estuvo en medio de la gimnasia acrobática que allí aconteció. La amada translúcida abunda en esta diciente especialidad que a él lo desquicia. Manzana parece de caucho y se ufana. Se trata de una virtud que lo tiene a Uldarico agarrado desde el pelo hasta los calcetines. Que lo mantiene argollado. Dócil a su servicio, atornillado a no sabe qué tantas maderas de barro. Desde que la conoció, no ha podido dejar de temblar ante la elasticidad de su crujiente esqueleto. Y ella lo ama por su entrega y por serio. Porque es responsable y accede. Uldarico es para Manzana, la Tucupita, una garantía de pleno silencio. Toño, su marido poeta, no alcanza a calcular qué tan preciada es la joya que él tiene en sus manos. No puede sopesar siquiera las mil maravillas de caucho que Manzana contiene. La vida es misterio, eso se sabe.

—¿Todavía queda algo en la cafetera? —
preguntó Toño después del almuerzo un día
soleado de enero.

- Está repleta de nuevo —dijo Manzana.
—Y, ¿para donde vas ahora?
—A dar una vuelta.
—¿Y no puedes dar esa vuelta por la parte de adentro de esta misma casa?
—Saldré a buscar un poco de aire distinto, mientras tú te entretienes con tus poetas, que me revientan.
—¡Ahhh, sí que eres una mujer comprensiva!
—Más de lo que supones.
—No te he vuelto a sentir practicando tu gimnasia.
—A veces, cuando tú no me escuchas.
—¡Ahhh, pilluela!
—Toño, te amo, jamás dudes de mí.

Uldarico se ha detenido a observar lo mucho que dicen los ojos de la acróbata desde una prudente distancia. No se cansa de verlos cuando ella se enclaustra en lo suyo y se deja ir como globo a lo lejos, porque son como óvalos que mientras languidecen nada a cambio le piden. Pálidos de fatiga, doblados rumbo adentro, ahora cóncavos cerrados. Ha querido volver a presenciar aquel paisaje asomado a la puerta del baño. Y encontró aquellos ojos agradecidos de simple brillo apagado. Mucho más de lo que él pudo haber advertido la última vez que los vio, ocho días atrás, cuando se empeñó en lamer insistente sus párpados como dos pergaminos egipcios. Lugar de donde él se propuso borrar, aquel día de lujo, todo tipo de escritura pasada que hubiera podido dejar una huella. Hasta encontrar, allá abajo, la débil escritura de Toño. Porque Toño seguía siendo para

ella un poeta respetable y auténtico. Lentamente los hombres avanzamos rumbo a la desgracia, pensó Uldarico: La vida progresa hacia la cabellera de los árboles mientras las mujeres levantan y bajan el hacha. La dignidad existe, santo dios. Ojos demasiado leales los de esta muchacha, no obstante los gemidos que a lo largo de la tarde ha lanzado. Muy contentos, aun en su tímida condición de cerrados. Entreabiertos a veces, en lo suyo, como en medio de linternas lejanas. Entonces Uldarico corrió la cortina y por fin se introdujo bajo los beneficios del agua. Momento en el cual Manzana abrió el ojo derecho y se puso a mirar la uña más grande de su pie del lado contrario.

—Ahhh, perro —dijo—, ahora se lava.

Títulos publicados

Colección Mirada Ensayo

- **Blas Matamoro Rossi (Argentina)**
01 - *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico*
- **Arturo García Ramos (España)**
02 - *El cuento fantástico en el Río de la Plata*

Colección Mirada Narrativa

- **Consuelo Triviño Anzola (Colombia)**
01 - *Prohibido salir a la calle*
- **Guillermo Roz (Argentina)**
02 - *La vida me engañó*
- **Héctor Perea (México)**
03 - *Los párpados del mundo*
- **Luis Fayad (Colombia)**
04 - *Testamento de un hombre de negocios*
- **Juan Moro (España)**
05 - *La última parroquia antes de América*
- **Darío Ruiz Gómez (Colombia)**
06 - *Crímenes municipales*
- **Alexander Prieto Osorno (Colombia)**
07 - *Bonitos crímenes*
- **Guillermo Roz (Argentina)**
08 - *Avestruces por la noche. Dos nouvelles*
- **Fernando R. Mansilla (Perú)**
09 - *Gabinete veneciano*
- **Fernando Cruz Kronfly (Colombia)**
10 - *La vida secreta de los perros infieles*

Colección Mirada Poesía

- **Samuel Serrano (Colombia)**
01 – *El hacha de piedra*
- **Anna Blasco Olivares (España)**
02 – *Los mares de arroz*
- **Darío Ruiz Gómez (Colombia)**
03 – *En ese lejano país en donde ahora viven mis padres*

Colección Mirada Arte

- **Alfonso Fernández-Cid Fenollera (España)**
01 – *Fenollera. Catálogo. Obra pictórica*

Colección Mirada Miscelánea

- **M. Carme Melchor Carpio (España)**
01 – *Así sea (Aché To)*
- **M. Carme Melchor Carpio (España)**
02 – *Reflexos d' ultramar*
- **Alfredo Cerda Muños (México)**
03 – *El teatro universitario en Guadalajara entre 1960 y 1990*

Colección Mirada Digital

- **Rosario González Galicia (España)**
01 – *Estudio dialectológico de nombres de plantas silvestres en la comarca de la Campiña segoviana (gratuito)*
- **Blas Matamoro Rossi (Argentina)**
02 – *Malos ejemplos (gratuito)*
- **Pedro Granados (Perú)**
03 – *Al filo del reglamento. Poesía (1978-2005) (gratuito)*
- **Blas Matamoro Rossi (Argentina)**
04 – *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico (Edición Digital)*

- Consuelo Triviño Anzola (Colombia)**
05 - *El ojo en la aguja* (gratuito)
- Consuelo Triviño Anzola (Colombia)**
06 - *Prohibido salir a la calle* (Edición Digital)
- Anna Blasco Olivares (España)**
07 - *Los mares de arroz* (Edición Digital)
- Guillermo Roz (Argentina)**
08 - *Avestruces por la noche* (Edición Digital)
- Encarnita Vital Sacramento (España)**
09 - *Menos cuento que Calleja*
- Darío Ruiz Gómez (Colombia)**
10 - *En ese lejano país en donde ahora viven mis padres* (Edición Digital)
- Alfredo Cerda Muños (México)**
11 - *El Teatro Universitario en Guadalajara entre 1960 y 1990* (Edición Digital)
- Arturo García Ramos (España)**
12 - *El cuento fantástico en el Río de la Plata* (Edición Digital)
- Luis Fayad (Colombia)**
13 - *Testamento de un hombre de negocios* (Edición Digital)
- Fernando R.Mansilla (Perú)**
14 - *Gabinete veneciano* (Edición Digital)
- Héctor Perea (México)**
15 - *Los párpados del mundo* (Edición Digital)
- Fernando Cruz Kronfly (Colombia)**
16 - *La vida secreta de los perros infieles* (Edición Digital)
- Darío Ruiz Gómez (Colombia)**
17 - *Crímenes municipales* (Edición Digital)